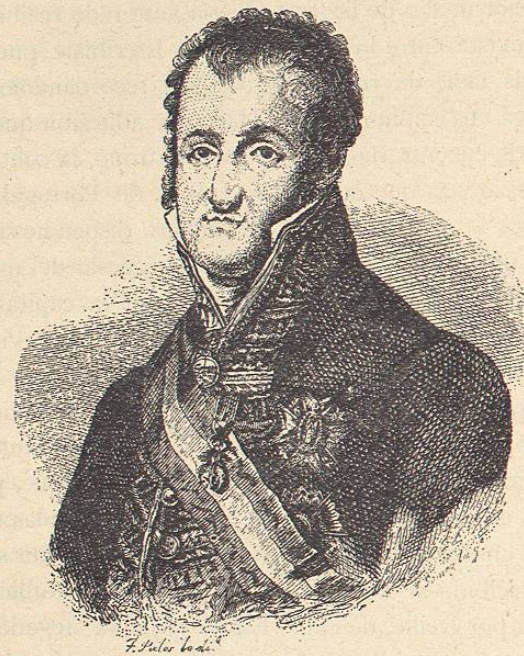


podía tener lugar sin deshonrar la reina; ahora bien, decía él: «Vuestra Alteza Real no tiene otros derechos á la corona que los que le ha transmitido su madre,» palabras no menos ultrajantes para Fernando que para sus ancianos padres. Luégo explicábale su deseo de conversar con él por la necesidad de conocer si la abdicación de Carlos había sido voluntaria ó forzosamente. «Yo lo digo á Vuestra Alteza, á los españoles, y al mundo entero, si la abdicación del rey Carlos es propia de su voluntad, si no se le ha obligado á ello por el tumulto de Aranjuez, no tendré ninguna dificultad en admitir y reconocer Vuestra Alteza Real

como rey de España.» Después de esta precaución oratoria tan pérfida por parte de un hombre que tenía en su bolsillo la protesta que sus agentes habían dictado al rey Carlos, venía al asunto de su casamiento. Censuraba al príncipe por haber formulado su petición á espaldas de su padre, pues, decía, compungido sobre esta petición, que él mismo había hecho inspirar al príncipe, por la intermediación de Beauharnais, «que toda acción cerca de un soberano extranjero por un príncipe heredero era criminal.» El quería, sin embargo, por su parte, olvidar el crimen, y de nuevo alentaba la ilusión del desgra-



FERNANDO VII

ciado joven con las siguientes palabras que con toda su solicitud hizo suprimir cuando juzgó conveniente publicar dicho documento en el *Moniteur*. «El matrimonio de una princesa francesa con Vuestra Alteza Real, la tengo por conforme con los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me unirá con nuevos lazos á una casa de la que no tengo sino porque alabarme desde mi advenimiento al trono.»

Esta carta estaba fechada el 16 de Abril. El 17, al día siguiente, escribía á Bessieres: «Adjunto encontraréis una carta que Savary lleva al príncipe de Asturias. Si el príncipe de Asturias viene á Bayona, bien. Si retrocede á Burgos, le haréis detener y le llevaréis á Bayona.»

Fernando estaba siempre en Vitoria, con guardias de vista como un prisionero, y bajo los ojos de un pueblo inquieto, temblando de cólera, y pronto

á todo para salvarle á su vez. En esta ocasión tampoco faltaron las advertencias.

Un antiguo ministro caído, Mariano Luís Urquijo, salió de su retiro para ir á saludar á Fernando, acudiendo al desarreglo y apuros de sus consejeros. En un discurso conmovedor, lleno de las más sabias y proféticas previsiones, se esforzó en hacerle desistir de su loca resolución. Reprochábale envilecer la dignidad de la monarquía llevando al rey como un vasallo y casi como un postulante ante un soberano extranjero, sin previa invitación, sin preparativos, sin ninguna de las fórmulas de costumbre; mostrábale la emboscada, le reveló la marcha y el encadenamiento de la política artificiosa de Napoleon, el objeto que perseguía y que iba alcanzar con una última picardía. Y como Infantado replicara que estaba calumniando á un héroe: «Vos no conocéis, le respondió, á los héroes, leed á Plutarco y veréis que

en su mayor parte no se han elevado á su grandeza más que sobre montones de cadáveres.»

Las elocuentes súplicas de Urquijo consignadas desde esta época, en una carta que no se puede leer sin admiración, fueron apoyadas por José de Heróles y por el duque de Mahón, que propuso un plan de evasión sobre Bilbao por Mondragón. Sus esfuerzos se estrellaron delante de la ciega confianza de Escoiquiz, de Cevallos, y de los duques de San Carlos y del Infantado que se habían apoderado por

completo del espíritu del rey. La carta de Napoleon por la ambigüedad de ciertos pasajes, era para hacerles reflexionar, pero los comentarios tranquilizadores con que Savary la acompañó, sus promesas de un pronto reconocimiento, las repetidas atestaciones que dió de los buenos sentimientos de su amo, borraron todas esas malas impresiones, y se resolvió que el rey continuara el viaje. En el momento en que el rey subió á su carruaje el pueblo se amotinó y cortó los tiros. Fernando hubo de pre-



HORTENSIA BEAUHARNAIS



sentarse personalmente para calmar la etervescencia de la multitud; protestando que marchaba por ser esta su voluntad, y porque estaba asegurado de la amistad del emperador Napoleon, por quien iba á ser recibido dentro de poco.

El día siguiente, 20 de Abril, atravesaba con su comitiva el pequeño río que sirve de frontera á los dos países, asombrado del silencio y de la soledad de aquellos sitios, en otro tiempo testigos de fastuosas entrevistas de las cortes de España y de Francia, y en donde esperaba ser recibido por los enviados de Napoleon que habrían acudido á su encuentro. De la misma manera viajó hasta Bayona sin encontrar más personajes que los tres grandes de España que él había enviado á cumplimentar al emperador. En cambio de ese testimonio de cortesía, le llevaban una declaración de las más siniestras recogida de la misma boca del emperador. Na-

poleon les había declarado que era imposible que los borbones continuaran reinando en España. Esta comunicación principió á abrirle los ojos y á llenarle de angustia, pero ya no se podía pensar en volver atrás. Ahora estaba en manos de su enemigo y no podía esperar nada más que lo que fuera de su agrado.

Llegado que fué á las puertas de Bayona, fué recibido Fernando cuyo espíritu estaba dominado por los más sombríos presentimientos, por Duroc y Berthier, que le escoltaron hasta una casa de miserable aspecto, designada para servirle de residencia. Allí estaba hacía ya una hora, cuando recibió la visita de Napoleon.

Estaba el emperador establecido en la quinta de Marac, á poca distancia de la ciudad, y había venido á caballo á dar la bienvenida á su huésped. Abrazóle con extrema cordialidad, y se entretuvo con él

algunos instantes hablándole de cosas indiferentes retirándose luego, después de haberle hecho invitar para comer juntos aquel mismo día. Al anoecer, los coches de la corte conducían á Fernando y á su comitiva á la quinta de Marac, en donde Napoleón le recibió de nuevo con las demostraciones más amistosas. Este afectuoso recibimiento disipó prontamente las tristes impresiones del día.

Notóse en verdad, que Napoleón no daba á Fernando más que el título de príncipe de Asturias; pero como el reconocimiento tenía que ir precedido de ciertos acuerdos políticos entre los dos soberanos, nadie se alarmó. Esta tranquilidad fué de corta duración. Casi tan pronto como hubo terminado la comida Napoleón despidió á sus huéspedes quedándose solo con el canónigo Escoiquiz, á quien había resuelto comunicar en seguida sus voluntades. Savary, encargado de cumplir una misión análoga cerca de Fernando, tuvo orden de seguir al príncipe á Bayona.

Napoleón había comprendido inmediatamente el carácter infantilmente vanidoso del canónigo, su afición por las intrigas, sus pretensiones de hombre de Estado y de manejar los grandes negocios. Resolvió desvanecerle y ganarle, seguro de ejercer por su intermediación sobre el espíritu de Fernando una influencia tan decisiva como la que se proponía ejercer sobre el viejo monarca por medio del príncipe de la Paz. Solo ya, y en presencia de Escoiquiz tomó ese tono familiar y cariñoso siempre tan seductor, y tan simpático en un hombre tan poderoso y temido. Tratóle como un hombre de espíritu superior y exento de preocupaciones vulgares. Comunicóle ante todo su intención de destronar á los borbones indemnizando á Fernando con el reino de Etruria. En cuanto á España debía formar una potencia independiente, y él por su parte no quería quedarse de ella ni con una aldea. Ante esta revelación anonadora quedóse Escoiquiz confundido por la sorpresa. Invocando entonces Napoleón las escenas de Aranjuez, le pintó la imposibilidad en que estaba de reconocer una abdicación arrancada por la violencia, alegó la falta de formas, la protesta positiva que invalidaba esta renuncia, y como el buen canónigo intentara demostrarle que había sido libre y voluntaria: «Dejemos esto, canónigo, le dijo de pronto, poniendo á un lado las fórmulas oratorias para ir derecho á un punto, y decidme si puedo perder de vista que los intereses de mi imperio y de mi casa exigen que los borbones no reinen más en España. Aún cuando tuvierais razón en todo lo que me dijerais, yo os respondería: ¡mala política!» y

entonces se puso á explicarle todas las razones que hacían que España fuera una posesión indispensable á su sistema. Napoleón en ningún caso podía fiarse de un príncipe de la casa de Borbón, aún admitiendo que ese príncipe casase con una princesa de la familia Bonaparte, pues esto no era una garantía seria. ¡No era á él á quien se le pudieran presentar castillos en España! No había más que una sola cosa razonable y sensata y esta era el destronamiento de los borbones. Desde Tilsit que estaba á ello resuelto, y contaba con la aprobación del emperador de Rusia; Europa entera y España misma á no tardar le aplaudirían, pues él iba á llevar á los españoles una constitución liberal y una completa regeneración. Tal vez el populacho se sublevaría en algunos puntos, pero él tendría para sí la religión y los frailes, y los descontentos serían prontamente reprimidos: «Creedme, añadía, tengo de ello la experiencia: los países que tienen muchos frailes son fáciles de someter.»

Y mientras desarrollaba con una extremada volubilidad ese cuadro complaciente bajo los ojos de un auditor evidentemente satisfecho, á pesar de su tristeza, de haber sido escogido por confidente de esos planes grandiosos, ese personaje, extraño, sensible él mismo al efecto que producía en su interlocutor, gozaba al verle fascinado; le envolvía por entero con sus gazmonerías; reía, gesticulaba, se agitaba, ora pellizcaba la oreja del buen canónigo, ora tomaba la actitud digna del señor del mundo.

Mientras Napoleón se tomaba la pena de representar tal comedia en presencia del pobre Escoiquiz, Savary salía de su misión cerca de Fernando con menos trabajo. Anuncióle friamente que el emperador había resuelto sustituir con su dinastía la de los borbones, y que en su consecuencia era necesario renunciar la corona de España. Todo queda dicho sobre Savary cuando está probado que se presentó alta la frente para transmitir tal mensaje al desgraciado joven, que, á fuerza de mentiras, había atraído al abismo...

Al otro día, y lo mismo los siguientes, Napoleón volvió al mismo tema con Escoiquiz. Ofrecióle de nuevo para Fernando, en cambio de la renuncia que le pedía, ese mismo trono de Etruria con el que había ya traficado dos veces, engañando con una invariable desvergüenza, á todos aquellos que habían sido bastante necios para aceptar una compensación de la mano de un espoliador. Esta vez los consejeros de Fernando resistieron con una honrosa tenacidad; pero lo que pinta la especie de ceguera en la que les había hecho caer sus ilusiones, es que per-

sistiendo en su negativa, se imaginaban llevar al emperador á una composición, firmemente convencidos de que no quería sino espantarles, pidiendo mucho para obtener un poco.

Napoleón impaciente por la lentitud con que marchaba lo que él mismo llamaba su tragedia de Bayona, había ya comprendido que la presencia del rey Carlos, de la reina, y sobre todo del príncipe de la Paz, su común inspirador, era absolutamente necesaria para vencer la resistencia de Fernando.

Conforme á sus reiteradas órdenes, Murat había conseguido sacar á Godoy de manos de la Junta de gobierno que no quería soltarlo á ningún precio por temor de comprometer la poca popularidad que le quedaba. Hízole en seguida marchar para Bayona, á donde llegó el 26 de Abril. La reina y el rey se apresuraron á tomar el mismo camino, pero después de haber publicado, por haberlo así pedido expresamente Napoleón, la protesta en la cual Carlos IV retractaba su abdicación como impuesta por el temor.

Los viejos soberanos llegaron á Bayona irritados hasta el más alto punto con su hijo, á quien atribuían todas sus desgracias. Estaban disgustados de una monarquía que no podía ser para ellos más que una carga después de todos los testimonios de odio y de desprecio que acababan de recibir de sus súbditos, felices, en fin, de encontrarse reunidos y en punto seguro con un amigo á quien no esperaban ya volver á ver. En cuanto á éste que debía la vida á la intervención de Napoleón, y quien, además, lo temía todo de él, estaba dispuesto á hacerlo todo para contentarlo. Nada tan favorable á los planes de Napoleón como tales sentimientos, pues era fácil servirse del padre para obtener la renuncia del hijo y todavía era más fácil hacerse ceder una corona por Carlos IV cuando ya ésta no tenía ningún valor á sus ojos.

Principió, pues, para asegurarse el apoyo del príncipe de la Paz, cuya connivencia no tardó en ganar en el estado de desaliento en que había caído. Napoleón le comunicó su intención de castigar á Fernando obligándole á pedir perdón á sus padres, medio seguro de halagar corazones en quienes solo había quedado una pasión viva, la de la venganza. Enuncióle luego las ricas compensaciones que debían consolarles de la pérdida de una soberanía precaria, destrozada por las facciones, odiosa si tenía que mantenerse por la fuerza, menospreciada si cedía á los caprichos populares.

Carlos IV hizo su entrada en Bayona el día 30 de Abril en compañía de la reina. En todas partes, du-

rante su camino, hizo Napoleón que se le prestasen honores reales con una pompa y una ostentación inusitadas.... Al bajar del carruaje, el viejo Carlos IV, siempre sencillo y bueno, incapaz de penetrar las negras tramas con que se le había envuelto, se arrojó llorando en brazos de aquel que acababa de arruinar su casa.... Napoleón recibió sonriendo, con un aire de dulce serenidad, esos testimonios de afectión, que para todo hombre de corazón y de honor, hubieran sido más difíciles de soportar que las maldiciones...

Al día siguiente, 1.º de Mayo, escribía á Talleyrand después de una larga interrupción en su correspondencia, dándole parte de lo que había observado. «El rey Carlos, le decía, es un buen hombre. No sé si es su posición ó las circunstancias, pero tiene el aire de un hombre franco y bueno. La reina tiene su corazón y su historia en su fisonomía, y ya os he dicho bastante... El príncipe de la Paz tiene el aire de un toro, algo de Daru... Bueno es que se le descargue de toda imputación calumniosa, pero es necesario dejarle cubierto de una ligera tinta de desprecio.»

El retrato del príncipe de Asturias era aún mucho menos agradable; verdad es que era el único de sus varios personajes que resistía á sus voluntades: «El príncipe de Asturias, le decía, es muy animal, muy malo, y muy enemigo de Francia.» Ciertamente Fernando VII realizó cumplidamente más tarde ese fatal pronóstico; pero en aquellos momentos aún cuando hubiese estado dotado de un buen natural, no le hubiera presentado Napoleón bajo mejores auspicios...

Los reyes recibieron su favorito con transportes de satisfacción. Godoy le comunicó sobre la marcha las voluntades de Napoleón. Los desdichados no tenían ni el poder, ni hasta el deseo de oponerse. No aspiraban más que al reposo y á la seguridad de la vida privada... Carlos IV hizo llamar á Fernando en presencia de Napoleón, de la reina y de Godoy, y allí después de haberle llenado de los más sangrientos reproches, le intimó que le devolviera una corona obtenida por la usurpación. Entonces la reina se unió á su príncipe, impasible, rechazó la acusación en términos respetuosos, pero firmes; y como oponía persistentes negativas á instancias cada vez más amenazadoras, el anciano Carlos IV, medio tullido por sus reumatismos, levantó su bastón sobre la cabeza del joven Fernando.

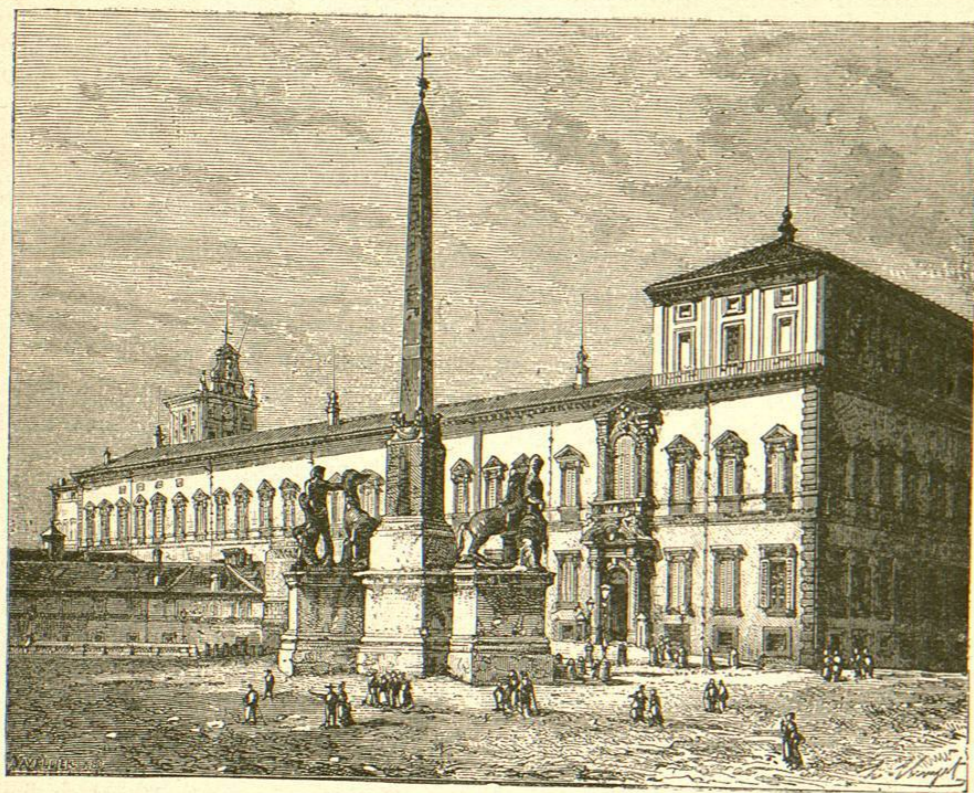
A consecuencia de esta deplorable escena la cuestión se trató por vía de correspondencia. Fernando consentía en restituir la corona, pero á con-

dición de que su renuncia sería hecha en Madrid en presencia de las cortes y tan sólo en favor de Carlos IV. Carlos rechazó esas condiciones en una carta dictada por Napoleón y en la cual decía «que España no podía salvarse más que por el emperador»—2 de Mayo de 1808.—Dos días después expedía un decreto en virtud del cual Murat quedaba investido de todos los poderes en España recibiendo el título de lugarteniente general del reino. Fer-

nando resistía empero; y no puede decirse á qué extremo se hubiera dejado llevar Napoleón contra su prisionero para hacerle ceder, sin el grave suceso que vino á hacer inútiles nuevas violencias.

El día 5 de Mayo, á las cuatro de la tarde, un ayudante de campo de Murat llegaba de Madrid á escape, para dar á Napoleón una relación sumaria de la insurrección que había estallado en la capital...

La efervescencia producida en Madrid por tantas



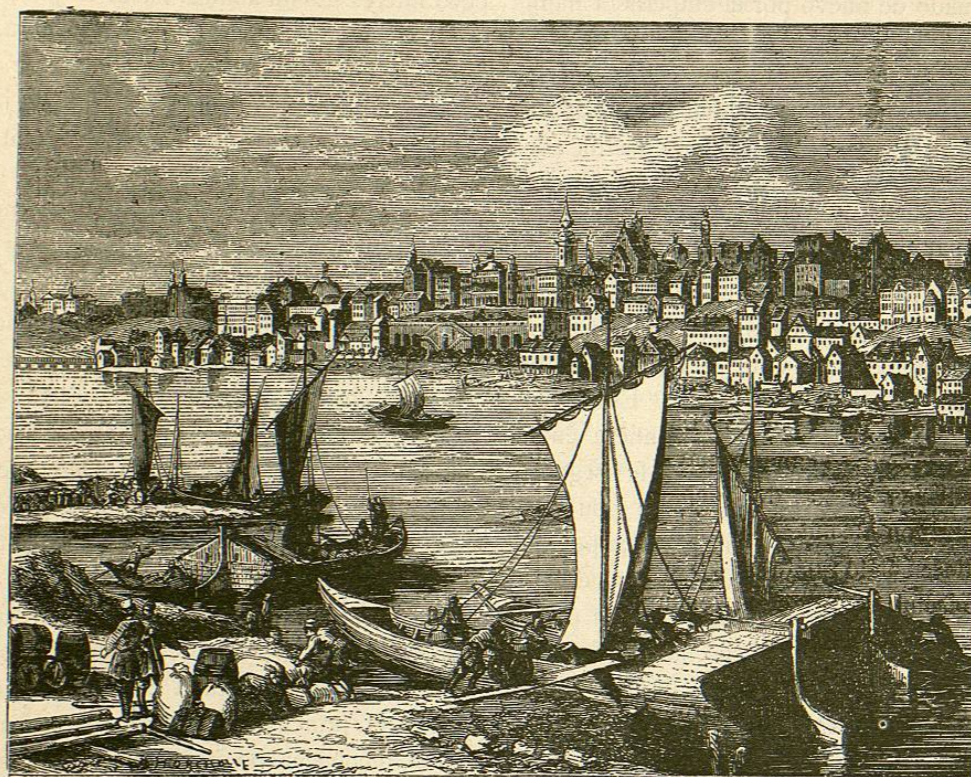
Roma, el Quirinal

sorpresas y tantas humillaciones sucesivas había ido agravándose hasta el más alto punto por los procedimientos insolentes y despóticos de Murat. No esperaba, pues, más que una ocasión para estallar en guerra abierta cuando se supo que el lugarteniente de Napoleón se disponía á llevar á Bayona los últimos miembros de la familia real de España, es decir, el infante Francisco, el hermano menor de Fernando; el infante Antonio su tío, y la reina de Etruria con sus hijos. La Junta suprema, cuando Murat le comunicó sus intenciones, resolvió en un principio oponerse á su ejecución. Pero como no tenía de Fernando sino instrucciones contradictorias en las que se le aconsejaba ora la sumisión, ora la resistencia, según que el resentimiento ó el miedo dominasen su espíritu, y como las tropas de que podía disponer no pasaban de 3.000 hombres, se asustó y dió el consentimiento.

El 2 de Mayo, por la mañana, la multitud se reunió en la plaza de Palacio en donde se debía efectuar la partida. La reina de Etruria fué la primera en presentarse y subió al coche con sus hijos; como era poco amada á causa de sus relaciones con Murat, se la dejó partir sin protesta alguna. En la plaza quedaban dos coches, y habiéndose difundido el rumor de que el infante Francisco lloraba y no quería partir, la multitud se sobreexcitó, y como en aquel momento se presentara un ayudante de Murat que se dirigía á palacio, el pueblo cayó sobre él y á duras penas se pudo salvar de la muerte. En seguida fueron enviadas tropas para dispersar los grupos: presentáronse haciendo fuego sobre una multitud desarmada que se dispersó en todas direcciones gritando venganza. Los soldados franceses dispersos que cayeron en sus manos fueron asesinados, pero fueron en corto número: las tropas

de Murat estaban dispuestas para el combate hacia ya mucho tiempo. Ocuparon los principales puntos de la ciudad y barrieron las calles con la artillería. La lucha era sobrado desigual para prolongarse por demasiado tiempo. Cuando las filas de los patriotas clarearon, Murat lanzó la caballería de la guardia, los lanceros poloneses y los mamelucos que persiguieron á los fugitivos acuchillándolos hasta el dintel de sus casas. Las tropas españolas encerra-

das en sus cuarteles no tomaron parte alguna en la lucha á excepción de una compañía de artillería que entregó el parque cuya guardia tenía al pueblo y cuyos oficiales Daoiz y Velarde se hicieron matar heroicamente por su patria. Este fué el único punto en que la insurrección pudo presentar alguna resistencia, pero una vez tomado el parque de la artillería, todo quedó terminado. Las pérdidas de los franceses se elevaron á 300 ó 400 muertos,



Varsovia

las del pueblo de Madrid á 700 ú 800, que esto es lo que se puede estimar como cierto de tanta relación contradictoria. La Junta intercedió cerca de Murat que prometió una amnistía general en cambio de una entera sumisión.

La promesa del general francés restableció el orden, y un gran número de insurgentes confiados en su palabra habían vuelto á sus casas cuando se averiguó que había empezado de nuevo la matanza, pero esta vez sin la excusa de la insurrección. Murat juzgando sin duda que la lección no había sido bastante terrible hizo prender en sus casas á muchos españoles que habían vuelto á sus ocupaciones, y con desprecio de la palabra dada, hizo fusilar á un centenar de ellos sin formación de causa, ejemplo memorable de crueldad fría y reflexiva que la sed

de reinar pudo sólo inspirar á un hombre nacido con instintos buenos y generosos...

Pero la sangre que Murat acababa de verter no debía aprovechar ni al maestro, ni al discípulo. Por lo que toca á Napoleón, puede decirse que la jornada del 2 de Mayo fué un golpe mortal dado á su dominación, tan grande, unánime y profunda fué la execración que hizo nacer en todos los corazones españoles. En cuanto á Murat le esperaba una amarga decepción... El mismo día en que hacía fusilar los patriotas de Madrid, Napoleón le significaba de Bayona que debía renunciar para siempre á ese trono tan deseado, á ese trono por el cual acababa de derramar tanta sangre negándose á sí mismo. Ofrecíasele en verdad ricas compensaciones, pero compensaciones que él consideraba injuriosas para sí en la fiebre